

salvo; habia recibido á los soberanos extrangeros debajo de arcos triunfales, y sembrado su camino de flores. Instancias y aun amenazas habian dirigido á su monarca, para que imitara la conducta del rey de Prusia, y fuerza es decir que lo que era muy legítimo por parte de los prusianos, no lo era tanto por la de los sajones; realzados y no abatidos por nosotros. De consiguiente los habitantes aguardaban con cierta especie de espanto la decision de Napoleon respecto de ellos. Con efecto, habia acorrido y llegado á las puertas de la ciudad poco alegres que el vírey, quien con su habitual modestia envió la diputacion municipal á sus padres.

Napoleon recibió á caballo las llaves de Dresde, diciendo con altivez á los que se las presentaban que las admitia de buena gana, aunque para volverlas á entregar á su soberano; que les perdonaba sus malos tratamientos respecto de los franceses, no debiéndoselo agradecer mas que al rey Federico Augusto; que en consideracion á las virtudes, á los años y la lealtad de este príncipe, les eximia de la aplicacion de las leyes de la guerra; que por tanto se aprestaron á recibirle con el respeto de que le eran deudores, y á volver á levantar solo para su persona los arcostrunfales tan imprudentemente erigidos al emperador Alejandro; y que al verle de nuevo le tributaran gracias por la clemencia con que á la sazón eran tratados, pues á no ser por consideracion á Federico Augusto, les hubiera el ejército francés como á una ciudad conquistada; que á pesar de todo se guardasen bien de hacer cosa alguna por favorecer al enemigo, pues al mas leve acto de traición seguirian los castigos mas inmediatos y terribles. Dicho esto, les mandó

Napoleon que aprontaran pan para sus columnas en marcha.

Se prescribió la mas estricta disciplina á las tropas, y observóse puntualmente. A todo esto Napoleon queria cruzar el Elba para hacer que la ciudad nueva fuese evacuada por los rusos y evitar los combates de orilla á orilla que no podian menos de ser perjudiciales á esta capital hermosa. Ni aun se determinaba á esperar á que el general Lauriston practicara por Meissen el paso, siendo esta operacion insegura y dependiente de los obstáculos y de los recursos que dicho general encontrara. Apenas dedicada una hora á las disposiciones que el establecimiento pacífico del ejército exigia, volvió á montar á caballo para practicar un reconocimiento á las márgenes del Elba. En el puente de piedra, situado en el centro de la ciudad, habian sido incendiados los arcos de madera, y aun siendo fácil restablecer el paso, no habia posibilidad de conseguirlo sin provocar un cañoneo y ganarlo, cosa que Napoleon queria evitar con empeño. Alojados los rusos en las casas alzadas en la orilla derecha del Elba, le dispararon algunos tiros de fusil de que no hizo el mas leve caso, y salió de la ciudad para reconocer los pasos hacia abajo y arriba. Mas arriba no era practicable el paso, porque la orilla derecha, que debia ser abordada, dominaba á la orilla izquierda, que era el punto de partida. Napoleon descendió al galope mas abajo de Dresde, y siguiendo el curso del Elba, que á una legua corta da un rodeo hacia el Mediodía, halló en Priesnitz terreno adecuado para un paso á viva fuerza. Por allí la orilla ocupada por nosotros dominaba á la ocupada por los rusos

y permitía establecer artillería con que proteger las operaciones de las tropas. Todo lo dispuso Napoleón para el día siguiente 9 de mayo. Reunidas fueron y puestas á cubierto de las empresas del enemigo algunas barcas sobrantes del puente establecido mas arriba de la ciudad y algunos bateles apresados por la caballería á lo largo del rio para emplearlos á otro día.

Efectivamente, desde la aurora montó Napoleón á caballo, y bajó á Priesnitz con una fuerte columna de infantería y toda la Guardia, é hizo comenzar el paso ante sus ojos. Alineados estaban á la orilla opuesta los rusos, y parecían dispuestos á defenderla. Napoleón dispuso el establecimiento de una fuerte batería sobre las alturas de Priesnitz para barrer la playa situada frente por frente, y previno que al punto pasaran los cazadores á bordo de las embarcaciones que se había proporcionado. Trescientos pasaron á la vez y expulsaron á los tiradores rusos, mientras continuas idas y venidas de otros llegaron á reforzarlos. Sin demora comenzaron un foso para cubrirse, interin rompía el cañoneo por encima de su cabeza, Artillería trajeron los rusos y Napoleón llevó mas todavía, y muy luego se prosiguieron los trabajos del puente bajo el fuego de cincuenta piezas rusas y de ochenta francesas. Por todas partes caian balas, y dando una en un almacén de tablas cerca de donde Napoleón estaba situado, despidió una hastilla sobre su cabeza, que le tocó sin herirle. Algunos italianos alineados hácia aquel punto cedieron á un movimiento de miedo mas por su persona que por ellos mismos.—*Non fa male*, les dijo, calificándoles con algunas expresiones joviales; y provocándoles á

estrepitosas carcajadas, les hizo permanecer alegremente á ejemplo suyo bajo una granizada de proyectiles.

No siendo ya para los rusos sostenible el puesto ante las ochenta bocas de fuego de los franceses, se retiraron y cesaron de oponer obstáculos al trabajo del puente que no se debía concluir hasta el otro día 10 de mayo. Por dicha tambien evacuaron los rusos la ciudad nueva, y allí se podia restablecer el paso de seguida y sin cañoneo. Maderos se echaron sobre los pilares de piedra de los dos arcos destruidos, y entre las dos partes de la ciudad fueron posibles las comunicaciones. Nuestras tropas se dirigieron á ocupar el arrabal de Neustadt ó la ciudad nueva. Tanto el general Bertrand como el mariscal Oudinot llegaron este mismo día. Napoleón distribuyólos entre Dresde y Pirna. Entonces supo tambien que el general Lauriston había encontrado en Meissen la cola de los prusianos, consiguiendo cruzar sin gran dificultad el Elba. Así en todos los puntos éramos dueños del curso de este rio, y nos hallábamos en tranquila posesion de la capital de Sajonia. Cumplida estaba la promesa empeñada por Napoleón al decir que ahuyentaria á los coaligados mas pronto que habían venido, pues entrado en campaña el 1.º de mayo, poseedor era ya el día 10 de la Sajonia, y había repelido á los enemigos mas allá del Elba.

Antes de seguirlos mas lejos decidió Napoleón hacer alto algunos dias en Dresde, para allegar sus tropas y darlas descanso, para recoger los diversos cuerpos de caballería que se aprestaban á unirsele, para volver á llamar al rey de Sajonia á sus Estados, y adaptar por último, sus combinaciones

militares á las de los enemigos. Aun no eran perfectamente claros los proyectos de los prusianos y los rusos, y sobre ellos se adquirian noticias contradictorias. Sin embargo, al parecer nos abandonaban la capital de Prusia, y al interés grande sin duda de conservar la capital esta anteponian el interés mayor aun de continuar juntos, y sobre todo de mantenerse siempre apoyados en el Austria, lo cual hacia la direccion de los negocios diplomáticos tan importante á la sazón como la de los asuntos militares. Despues de señalar Napoleon de nuevo al cuerpo de Ney el rumbo de Torgau, cosa que le dejaba en libertad de encaminarle á la capital de Prusia, ó de traerle á la de Sajonia, despues de renovar y de puntualizar mas las órdenes que debian elevar este cuerpo á ochenta mil hombres, se ocupó acto continuo en los negocios diplomáticos, que efectivamente reclamaban su atención toda.

No solo habia huido el rey de Sajonia de sus Estados, sino tambien de la Baviera, en el momento mismo de la llegada de Napoleon, y todo para ir á Praga á echarse en los brazos del Austria, cuya política habia adoptado con evidencia. Motivo existia para mirarle de mal ojo, pero destituir á este príncipe equivaliera á declarar una defección mas nosotros mismos, y dar la razón á los alemanes, quienes propalaban que nuestros aliados eran tratados como esclavos, y echarse además un enorme embarazo encima, pues de no restituírle la Sajonia ¿qué se habia de hacer de ella? Además, equivalia declarar harto crudamente al Austria cómo se consideraba y cómo se proponia tratar la política de mediación, que era la suya, y que por su instiga-

ción habia venido á ser la del rey de Sajonia. Napoleon no refrenaba su ambición nunca, aunque refrenaba su cólera á veces, y ahora dió un ejemplo de dominio sobre sí propio, harto raro en su vida. Fingió no haber comprendido la conducta del rey de Sajonia, atribuirle á falsos consejos, y no ver mas que un príncipe turbado, si bien leal, en este monarca. Así le envió uno de sus ayudantes de campo á Praga con la intimación formal de volver inmediatamente á Dresde, de llevar allí su caballería, su artillería y cuanto le habia seguido, de restituír al general Reynier á Torgau con los diez mil sajones que ocupaban esta plaza, y todo bajo pena de ser despojado de la soberanía. Mr. de Serra, nuestro ministro cerca de Sajonia, que habia acompañado á Praga al rey Federico Augusto, tenia orden de presentársele en el mismo instante, y de exigirle una respuesta inmediata.

Mas importaban aun las determinaciones respecto de Austria, y ya eran mas delicadas que antes por consecuencia de lo acontecido en Viena mientras Napoleon daba la batalla de Lutzen y marchaba sobre Dresde. Inquietísimo Mr. de Narbonne relativamente á lo que podia ocurrir en Cracovia entre los rusos, los austriacos y los polacos, al recibir las órdenes de Napoleon que intimaban á estos últimos no consentir en su desarme, no cesó de insistir cerca de Mr. de Metternich para que tomara sobre este asunto una resolución satisfactoria. Por su parte Mr. de Metternich comprometido en virtud del ajuste secreto de que se ha dado noticia, lo eludió siempre, y porfió en decir que le era imposible figurar á la vez como mediador y como beligerante. Finalmente, recibiendo Mr. de Narbonne

de Paris por conducto de Mr. de Basano, y de Manguncia por conducto de Mr. de Caulaincourt, instrucciones de Napoleon todavía mas formales, no queriendo que los polacos depusieran á ningun precio sus armas, y pretendiendo aun mandar al cuerpo auxiliar austriaco, creyó deber apelar á los grandes recursos para excitar á Mr. de Metternich á salir de las ambigüedades en que estaba encerrado. Mr. de Narbonne ignoraba que en los archivos de la embajada existia la prohibicion de presentar nota alguna escrita que no procediera del mismo gabinete. De consiguiente dirigióse á casa de Mr. de Metternich, y le anunció que le iba á entregar una nota con intimacion de explicarse categóricamente sobre el tratado de alianza, á cuya ejecucion literal se negaba en este momento.—Hasta ahora, dijo, he tenido paciencia y escuchado como aceptables todas las excusas por medio de las cuales aspirais á eludir vuestros compromisos y á disimular la extension de vuestros aprestos, que declararíais si fuesen hechos para nosotros. Pero los sucesos de Galitzia me fuerzan á provocar una explicacion categórica, y á preguntaros si sois ó no sois nuestros aliados, y finalmente, si entendeis faltar al tratado de 14 de marzo de 1812. Si no quereis quebrantarlo, se necesita absolutamente hacer que opere el cuerpo auxiliar austriaco, ateniéndoos á las órdenes del emperador Napoleon, y sobre todo que no se piense en desarmar á nuestros aliados.—No cabia en lo posible colocar á Mr. de Metternich en posicion mas apurada, ni colocarse respecto de su córte en posicion mas peligrosa. Si fuera libre, acaso cediera y ordenara algunas hostilidades simuladas, de las cuales se ex-

cusara luego por conducto de Mr. de Lebzelsern con los rusos. Desgraciadamente habia prometido no renovar las hostilidades por un compromiso formal y escrito aunque secreto, y los rusos estuvieran autorizados á publicarlo si lo violara. No habia, pues, medio de plegarse á las exigencias de Mr. de Narbonne, y obligado se vió Mr. de Metternich á resistirle, muy suavemente en la forma, si bien con tenacidad suma en la instancia.—Si, soy vuestro aliado, respondió á Mr. de Narbonne; lo soy, y quiero continuar siéndolo; pero tambien soy mediador, y mientras no apure este papel de resultados de la negativa á razonables condiciones, no puedo figurar como beligerante.—Acto continuo reprodujo Mr. de Metternich todo el sistema de argumentacion diestra y hábil que ya se conoce, y del cual no teníamos interés en hacer que saliera, interin no quisiéramos llegar á un gran ruido con Austria y hasta á la guerra. Abandonando luego las sutilezas, y entrando en las consideraciones de buen seso, Mr. de Metternich suplicó á Mr. de Narbonne que no insistiera mas; que no le colocara en una posicion falsa, pidiendo lo que no podia conceder, esto es, la vuelta á las hostilidades contra los rusos.—Estas palabras por extremo juiciosas traian á la sola, á la gran cuestion del momento, á la de las condiciones de la paz, sobre la cual andábamos completamente errados, y que debia originar nuestra ruina. Volviendo todavía Mr. de Narbonne á la carga, le llegó á decir Mr. de Metternich que era una falta insistir sobre este punto, pues creia saber que Napoleon no queria que se empujara hasta el último extremo á la córte de Austria. Efectivamente, al volver de Paris Mr. de

Bubna muy conmovido por las atenciones que se le habian prodigado, afirmaba que Napoleon deseaba marchar acorde con su suegro, y que si se obraba con tino, muy pronto se llegaria á un ajuste razonable de los asuntos europeos. Mr. de Bubna corrió en efecto á casa de Mr. de Narbonne, estrechóle á no perturbar la intimidad renaciente entre el yerno y el suegro, le rogó que tuviera paciencia, expresándole que, con mostrarse un poco razonable, tan fuera de razon se pondrian los coaligados, que la córte de Austria se habria de volver á Napoleon de grado ó por fuerza, y entonces le llevaria no treinta mil, sino doscientos mil austriacos.

Este lenguaje era por extremo sensato, pero imbuido Mr. de Narbonne en las ideas de sus despachos; alarmado de lo que podia acontecer si llegando las órdenes de Napoleon á Cracovia, no hablaban en Mr. de Frimont mas que desobediencia, y si negándose el príncipe Poniatowski al desarme, venian á las manos los polacos y los austriacos; á impulsos asimismo de su papel, que se empeñaba en interpretar de distinta manera que su antecesor Mr. Otto, juzgó obrar con acierto entregando una nota formal, donde, invocando el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, recordando que los austriacos lo habian confirmado muchas veces, intimó á la córte de Viena que ejecutara dicho tratado ó que lo declarara no existente. Con todo, temeroso despues de este paso de la respuesta que le podria ser dirigida y anhelante por precaverla, pidió una audiencia al emperador Francisco, y recibido de seguida por este monarca, le instó á no lanzar á Austria y Francia á un estado de hostilidad de una contra otra, que hasta el presente no

habia producido mas que desventuras, y que aun las podria traer mayores. El emperador acogió á Mr. de Narbonne con suma cortesía y calma, repitióle cuanto Mr. de Metternich le habia dicho, y aun le añadió finamente que, si era su intencion asegurarse del acuerdo que existia entre el soberano y el ministro que dirigia los negocios, se iba á retirar edificado; que por su parte anhelaba seguir aliado de su yerno, bien que sin abandonar el papel de mediador, único que el pueblo austriaco le veia adoptar gustoso, y que persistiria en desempeñarlo hasta el último extremo, no abandonándolo hasta que perdiera toda esperanza de conducir á una avenencia á las potencias beligerantes. A semejanza de Mr. de Metternich acabó por decir que se inclinaba á creer que Mr. de Narbonne, por salvar su responsabilidad sin duda, hacia demasiado é iba mas allá de las verdaderas intenciones de su soberano.

De nuevo insistió Mr. de Narbonne en las graves consecuencias que podria traer un escándalo público en Cracovia y en la necesidad de precaverlo, y se negó á retirar su nota.

Al cabo Mr. de Metternich vióse obligado á constatarla, hallando un medio sencillo de salir del apuro sin mas que apelar á la declaracion que el 12 de abril habia hecho, cuando se le propuso introducirse en los sucesos por una accion de las mas vivas. Entonces tomó nota de lo que se le proponia para declarar el papel de mediador armado, para anunciar en apoyo de la mediacion armamentos de monta, y para establecer que, permaneciendo vigente como principio de alianza el tratado, ya en cuanto á los medios de accion no era aplicable á

las circunstancias. Refiriéndose á la declaracion esta, contestó Mr. de Metternich que la córte de Viena no podía asentir á que el cuerpo auxiliar operara, porque ante todo, figurando esta córte como mediadora por instigacion misma de Francia, ya no tenia manera hábil de ser hostil respecto de una de las potencias beligerantes, y porque además, no siendo el cuerpo auxiliar mas que uno de los medios estipulados por el tratado de alianza, y reconociéndose insuficientes estos medios para las circunstancias actuales, se debía aplazar su uso.

Hábil era la respuesta y sobre todo fatal para nosotros, pues nos condenaba á oír de nuevo, que, aun permaneciendo virtualmente en vigor el tratado de alianza, ya no podia ser practicable, lo cual le quitaba toda eficacia. No obstante, á tal de que al menos mantuviese neutral al Austria, lo mejor era contentarnos, y no romper lo que aun quedaba nosotros mismos, suministrando de continuo la ocasion de repetir que ya no era aplicable á las circunstancias. Seguramente Mr. de Narbonne habia ido demasiado lejos, bien que lejos por el camino adonde se le habia dirigido y empujádole constantemente á que anduviera mas de prisa.

Mr. de Metternich, que no deseaba una ruptura con Francia, conoció que en los temores de Mr. de Narbonne habia algun fundamento, siendo posible un rompimiento entre el principe Poniatowski y el general conde de Frimont, si se persistia en desarmar al cuerpo polaco. Por fortuna el remedio era fácil y no dejó de aplicarlo. Ya habia concedido que al batallon francés incluido en el ejército polaco no se le desarmara á su entrada en el territorio de Austria. Asimismo se avino á que el

ejército polaco, libre siempre de no retirarse detrás de la frontera austriaca, si preferia pelear solo contra los rusos, en el caso de querer cruzar la Bohemia para dirigirse á Sajonia, tendria la facultad de conservar sus armas durante la travesia. Finalmente prometió que en cada parada hallaria el alojamiento y los víveres necesarios.—Al emperador Francisco, dijo Mr. de Metternich, le ha bastado saber que, á impulsos de una susceptibilidad justificada por su gloria, no aprueba Napoleon respecto del cuerpo polaco la ejecucion de una formalidad, que está plenamente dentro del derecho de gentes, para renunciar á ella de voluntad propia. Sin embargo, añadió Mr. de Metternich, el emperador Francisco pide con instancia que la permanencia de un cuerpo armado sobre el territorio neutral sea lo mas corta posible.

No consistia solo el inconveniente de estas disputas en facilitar al Austria las declaraciones de que tan funesto uso debia hacer mas tarde para nosotros, sino en impulsarla á desesperar de nuestra razon, al vernos tan imperiosos, tan poco propicios á un ajuste, y en madurar asi mas pronto la fatal resolucion que todo le convidaba á tomar en rededor suyo. Efectivamente, despues de cada escena de esta clase, echábase de ver que Mr. de Metternich se encontraba mas embarazado y mas constreñido respecto de nosotros, esto es, mas comprometido con nuestros adversarios. De dia en dia se les oia en Viena jactarse mas sin rebozo de haberle conquistado, de tal manera que el eco de tales especies llegaba á Mr. de Narbonne por todos los ecos de la córte y de los salones.

Entretanto el ruido de los últimos sucesos mili-

tares llegó por fortuna á interrumpir estas tristes disputas. De repente se supo que habia tenido lugar una gran batalla, corriendo torrentes de sangre, y que estábamos batidos, á dar crédito á los noticieros, enemigos nuestros la mayor parte. Por donde quiera se afirmaba nuestra derrota con inaudito aplomo. Para divulgar estas noticias se apoyaban en cartas del mismo emperador Alejandro, no á la verdad del rey de Prusia harto prudente para escribir semejantes cosas, pero si tambien en muchas cartas de los generales prusianos. Tan contento estaba el emperador Alejandro de sí propio, tan convencidos se hallaban los generales prusianos de haberse batido á maravilla, que casi no se sentian batidos, aun estándolo hasta el extremo de no poderse mantener en parte alguna. Lord Cathcart, embajador de Inglaterra, militar experimentado y testigo de la batalla, halló tan ridiculas tales mentiras que dijo que, si no se alcanzaban mas que victorias de esta clase, muy pronto habria necesidad de entrar en tratos á toda costa. Mr. de Metternich tenia sobrado talento para dar fé á semejantes fanfarronadas. Sin embargo, tan positivas eran las aserciones que se mostraba sorprendido, no creyendo que se pudiera mentir hasta este punto, y expresó á Mr. de Narbonne su asombro. En posiciones de tal especie se revelaba el gran señor, militar, agudo, altivo en Mr. de Narbonne con todas sus ventajas.—Estamos vencidos, dijo á todo el mundo, corriente... Ya veremos al cabo de algunos dias en qué camino se hallan los vencidos y los vencedores.—Con efecto, cuatro dias mas tarde se supo que los supuestos vencidos estaban á las puertas de Dresde, y los supuestos vencedores

mas allá del Elba. De resultas la confusion subió de punto. En los salones de Viena se desencadenaron las lenguas contra la incapacidad militar de los dos soberanos aliados; pero en lugar de inclinarse mas hácia nosotros, persistióse mas en la necesidad de que Austria corriera en su ayuda y se juntara á ellos para libertar de un yugo intolerable á la Europa.

Acto continuo trasladóse Mr. de Metternich á casa de Mr. de Narbonne, y con un aplomo que no carecia de sinceridad, le dijo que las victorias de Napoleon no le asombraban, pues todos sus cálculos pacíficos los habia fundado sobre estas victorias; que, para hacer la paz aceptable, *cuando menos habia que echar por tierra las dos terceras partes* de las proposiciones rusas, inglesas y prusianas; que la victoria de Lutzen serviria para esto; que con ella habia contado, y que le engañaran sus esperanzas si aconteciera de otro modo; aserto verdadero por muy singular que parezca; pero que aun quedaba otra tercera parte de estas proposiciones, cuya razon, cuya justicia y cuya prudencia no podian ser desconocidas, habiendo necesidad de aceptarlas; que para la corte de Viena era llegado el instante de entrar en posesion de su papel de mediadora, admitido á instigacion de Francia y con asentimiento de las otras potencias beligerantes: que, segun el sesgo que tomaban los negocios, muy en breve seria ya tarde para desempeñar este papel de una manera provechosa: que de consiguiente iba á despachar al punto dos plenipotenciarios, uno al cuartel general francés y otro al ruso; que para ser escuchados convenia elegir portadores de palabras agradables á aquellos á

quienes habia que dirigirse; que habiendo gustado á Napoleon el general conde de Bubna (ya hemos dicho que era militar y hombre de talento) se enviaba á su lado; que Mr. de Stadion, ya antes célebre en el partido anti-francés, tenia mas probabilidades que nadie de ser bien recibido en el cuartel general ruso, adonde se le enviaria: que, lejos de ser un enemigo peligroso para Francia, le seria de mas utilidad que un amigo, pues tanto mayor atrevimiento emplearia en decir á los prusianos y á los rusos las verdades que importaba hacer llegar á su noticia; que de acuerdo ahora con el emperador y Mr. de Metternich sobre las condiciones de la mediacion y de la paz, y apoyándose en las victorias de Napoleon, figuraba como el único idóneo para lograr que estas condiciones fueran admitidas por las potencias beligerantes.—Mr. de Metternich tenia razon en todas estas cosas, y era doblemente hábil, pues además de que en Mr. de Stadion elegia un negociador que, precisamente por sernos hostil, alcanzaria mas crédito entre los coaligados, ocupaba y comprometia á un rival, á un antagonista, al gefe del partido anti-francés en suma, del partido que anhelaba lo mas pronto posible la guerra contra nosotros. Tanto para el gabinete de Viena como para los franceses no habia conducta mejor que la de privar de tal gefe á tal partido.

De consiguiente anuncióse que iban á ser despachados Mr. de Bubna y de Stadion para proponer un armisticio y provocar una explicacion primera sobre las condiciones de la paz futura. Sin pretender imponérselas á Napoleon de ningun modo, declaróse que se usaria la libertad de indicar-

le aquellas que se consideraran admisibles por todas las partes beligerantes, y no queriendo que para Mr. de Narbonne fuesen un misterio, Mr. de Metternich, que se las habia insinuado ya claramente en mas de una coyuntura, se las enunció á la sazón una tras otra y con la puntualidad mas extremada. Segun hemos asentado muy á menudo, estas condiciones eran la supresion del gran ducado de Varsovia y su retrocesion á la Prusia, salvo algunas porciones que tocaban de derecho á Rusia y al Austria; la reconstitucion de Prusia por medio del gran ducado y de territorios que se designarian en Alemania; el abandono de la Confederacion del Rhin, y por último la renuncia á los departamentos anseáticos, esto es á las ciudades de Brema, de Lubeck y de Hamburgo. Nada se debia decir de Italia, de Holanda ni de España, para no suscitar dificultades insolubles, y se aplazaria la paz marítima en caso necesario, si no habia medio de entenderse con Inglaterra, á fin de celebrar de seguida la paz continental, que era la mas urgente. Tales eran, aparte de la restitution de las provincias ilíricas que casi habiamos prometido al Austria, estas condiciones que nos dejaban la Westfalia, la Lombardia y Nápoles como reinos tributarios, la Holanda, la Bélgica, las provincias rhinianas, el Piamonte, la Toscana y los Estados romanos como departamentos franceses. Tal era la Francia que se nos ofrecia, y cuya oferta consideráramos como un ultraje. Seguro era que habria que hacer el sacrificio de España para celebrar la paz con Inglaterra; pero que este sacrificio seria bastante. Al decir de Mr. de Metternich habia tenido mas de una ocasion de cerciorarse de ello. Por



nuestras relaciones anteriores se ha visto que, á lo menos bajo este aspecto, no se opondria por Napoleon ninguna dificultad insuperable.

Mr. de Narbonne repitió muchas veces que Napoleon victorioso no aceptaria estas condiciones; pero Mr. de Metternich repitió á su turno que Napoleon era mas razonable de lo que se le suponía; que á mayor abundamiento estas condiciones eran inevitables, y que aun seria menester luchar fuertemente para conseguir que las aceptasen las potencias coaligadas.

Aun quedaba el rey de Sajonia, á quien se veia reducido á optar entre su destitucion ó su vuelta á Dresde, y para Austria no habia mas que dos partidos que abrazar sobre este asunto. Algunos insensatos, sin pararse en los medios, al menos de palabra, decian en Viena que era menester apoderarse de la persona de este monarca, é impedirle asi que volviera á caer bajo el yugo de Napoleon al tomar á Dresde. No habia que pensar en semejante cosa, y ni un momento se pensó en retener á Federico Augusto. Además no se tuviera tiempo de ponerlo por obra, pues vióse obligado á responder acto continuo á nuestras intimaciones y á consentir en la invitacion que Napoleon le habia dirigido, si bien con las lágrimas en los ojos. Efectivamente aprestóse á partir de Praga con sus tropas y con su córte, solicitando con premura el secreto, y prometiéndolo por su parte, acerca de las negociaciones habidas entre las córtes de Dresde y de Viena. No era el secreto ni muy profundo ni muy negro. Se reducía á la adhesion á la política mediadora, que pudo muy bien no considerar traicion el pobre rey de Sajonia, al verla seguida y preco-

nizada por el suegro de Napoleon sin que produjere ruptura entre ellos. Su llegada á Dresde hizo anunciar para dentro de dos dias, tiempo rigorosamente necesario á una córte poquisimo expeditiva de suyo para hacer los preparativos de viage. Con efecto se componia de muchos principes y princesas, algunos ya muy entrados en años, y todos tan gentes de bien y tan pacatos como el monarca.

Cuando Napoleon supo sucesivamente lo que acaba de ser referido, se puso en aptitud de recibir convenientemente á su aliado, fiel de nuevo, si bien antes dió sus instrucciones á su representante en Viena. Al cabo comprendió la falta que habia cometido, empujando al Austria á entrar muy de antemano en los sucesos, y provocándola á constituirse mediadora armada, esto es, árbitra, cuando no se quería sufrir su arbitraje. Tambien echó de ver el error en que habia incurrido, al creer que podria comprometer á esta potencia en sus proyectos á beneficio de la oferta de los despojos de Prusia, y no viendo que Austria ansiaba ante todo reconstituir la Alemania para ser independiente, y que no hallaba ensanche de territorio equivalente á la independencía. Pero, segun suelen hacer los principes que presumen no equivocarse nunca, atribuyó toda la culpa á su representante, esto es á Mr. de Narbonne, quien con el encargo que habia recibido, y con las instrucciones que habia llevado, no podia obrar de otro modo. No obstante, como Napoleon estimaba á personaje tan distinguido, desaprobóle sin ninguna severidad de lenguaje que hubiera llevado las cosas tan lejos, y entregado una nota á pesar de las prescripciones